

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

ENTREVISTAS

A 50 años del golpe civil-militar: Voces de historiadoras/es. Entrevista a Gabriel Salazar Vergara

12 de mayo de 2023
La Reina, Santiago de Chile

Entrevista realizada por:
Silvana Núñez, Franco Vargas y Marco Lagos.

Soy Gabriel Salazar Vergara. Estudié Historia cuando se estudiaba Historia, Geografía y Educación Cívica, todos juntos en un solo paquete. Como estudiar historia no satisfizo mis preguntas fundamentales, seguí estudiando Filosofía y luego Sociología. Ahí, un profesor, André Gunder Frank, en una sola clase dio cuenta de mi inquietud sobre por qué se producía en el mundo la existencia de masas marginales que seguían siendo marginales. Eso me llevó entonces a investigar el problema por mí mismo. Y desde entonces, hasta el día de hoy, llevo 63 años investigando. Un año menos de cuando nos casamos con mi compañera, llevamos 64 años juntos. No ha sido otra cosa que estudiar la respuesta a esa pregunta: ¿cómo se originó esta gente pobre que está al lado mío, junto a mí? ¿Por qué está aquí? ¿Por qué nadie habla de ella? Hasta el día de hoy. Porfiadamente

¿Qué significan los 50 años en este contexto social?

Bueno, yo creo que es otro periodo histórico, otra coyuntura histórica, donde se entró a jugar el gran problema que ha tenido Chile siempre: qué orden económico-social-político tiene que darse a sí mismo el país para poder desarrollarse, integrarse y proyectarse al futuro.

No es la primera vez. Fue un periodo terrible, sin duda. El intento de Allende, el fracaso de Allende, la tiranía, con todas sus consecuencias, la instalación de un modelo que nadie quería, un modelo neoliberal. Con lo terrible que fue, no ha sido el único, porque hay que considerar que el siglo XIX chileno fue una sucesión de seis guerras civiles con el mismo problema de fondo: ¿qué Constitución le damos a Chile? De entre esas guerras, cuento también ahí la guerra para “pacificar” al pueblo Mapuche. Porque el pueblo Mapuche peleó desde el año '62 al '82, veinte años, una guerra para defender su soberanía frente a la invasión del Estado chileno. Y para mí se suma a las guerras civiles del '29-'30, del '37, el '51, '59, Y hasta la del '91, con algo que no se cuenta mucho, pues Balmaceda convocó una asamblea constituyente para terminar con la del '33, reinstalar de alguna manera la del '28, y junto con eso, como sabemos, Balmaceda instaló el Banco del Estado, con el fin de meter todo el oro del Estado en un banco estatal y no en bancos privados. Y por eso se provocó un movimiento reaccionario que llevó a la guerra civil del 91. O sea, el siglo XIX está plagado de guerras, matanzas, masacres, descuartizamientos, tan terribles como lo que vivimos en el '73 y años siguientes en Chile.

Entonces, para mí, ahora mirando como historiador, no como persona, lo que ocurrió del '70, digamos '73, fue otro gran enorme intento por darle al país una constitución legítima. Y fracasó. Y no solo fracasó el intento, sino que vino después una contrarreacción tan brutal como fue la de Portales o la de Manuel Montt. Esta vez, claro, con una tortura sistemática que en ese tiempo no se practicó. Para mí es un ejemplo más de un problema que ya es endémico en Chile. Once veces se ha intentado redactar la Constitución, once veces han fracasado. Este es el undécimo intento, y llevamos ahora razón de dos intentos por año. Bueno, por eso yo creo que no es nuevo esto en la historia de Chile, pero que nunca se había dado en esta forma tan insolente, porque antes mataron y masacraron, pero era una pelea armada por lado y lado, en el siglo XIX. Pero ahora de esta manera es un asesinato político impune, descarado, que antes no se había realizado. Es lo que yo pienso como historiador.

¿Qué responsabilidad les cabe a las y los historiadores en la conmemoración de los 50 años?

Desde hace mucho tiempo tengo la convicción de que los historiadores tenemos una responsabilidad social, particularmente, este país. Yo me fui dando cuenta de aquello porque la gente que me rodeó en la población donde yo viví, que estaban en todas las gamas posibles de la clase popular alrededor mío, y la gran pregunta que me hice, ¿por qué nadie me habla de ella? La historia de esa gente, de las clases populares, no estaba por ninguna parte, que es lo que me llevó posteriormente a estudiarla desde todos los ángulos posibles, desde ella misma, de arriba para abajo, por el medio, etc. Eso es lo que me lleva a la convicción de que hacer historia no es hacer un ejercicio académico puro para una carrera académica, que te lleva a hacer jerarquía académica hasta llegar a seminarios internacionales, sino que es una responsabilidad social ética. Puede que en Inglaterra tú puedas hacer este tipo de historia para hacer carrera, porque es un pueblo que realizó su objetivo. Están contentos consigo mismos, están orgullosos consigo mismos. Saben que han jugado un rol para sí mismos, para el resto del mundo. Tuvieron un imperio. Por eso la canción nacional británica dice: *Britain rules the waves*, es decir, Gran Bretaña gobierna las olas del mundo, del mar mundial.

Nosotros no. Por donde se le mire el pueblo chileno es un pueblo que por un lado y por el otro le sale la rabia. Y eso tiene que ver con el problema no resuelto. En once veces nunca nos hemos dado una constitución legítima, eficiente, solidaria, humanista. Entonces yo creo que los historiadores tenemos aquí una gran responsabilidad porque el pueblo no conoce su propia historia y no la conocía,

digamos, en grande, hasta el año ochenta y tanto, porque ahí no sabían nada. Es cierto que tuvimos historiadores críticos, con Marcelo Segal, Ramírez Necochea, Lucho Vitale, entre otros. No fueron profesores míos, pero fueron amigos, en cierto modo los conocí ya en su vejez. Gente extraordinariamente sensible al problema social, con una gran lealtad hacia el pueblo, con convicción política. Sin embargo, era una historia que en gran parte estaba inspirada en una ideología extranjera, en un modelo teórico extranjero, en una experiencia política de un pueblo extranjero. No era nuestra historia. Y se contaba la historia según indicaba la doctrina, o sea, lo más importante acá son las huelgas, la lucha de clases, ¿verdad? Y por eso se optó y se privilegió y se habló y la gente se obsesionó con la clase obrera, con el movimiento obrero.

En consecuencia, el pueblo sí iba a las huelgas, salía a la calle a pelear, pero de marxismo no entendía nada. En cambio, para mí la gente tiene que hablar desde su propia historia. Construir su pensamiento desde su historia real, con sus niños reales, sus problemas reales, sus tramas reales. Me parece que la ideología extranjera puede ser muy buena y hay que conocerla, pero no encaja tal cual, con la mentalidad, la experiencia y la memoria del pueblo chileno. Por eso el pueblo chileno, digo yo, no conoce su propia historia. Entonces, yo creo que la responsabilidad nuestra como historiadores en un país como este es que el pueblo debe auto-investigarse, conocer su propia historia, construir su pensamiento político desde allí, y ser su propio representante frente al Estado, sin intermediarios, sin ideología extranjera.

Por eso creo que tenemos una enorme responsabilidad los historiadores, porque el pueblo que no conoce su historia, como dice el dicho, está condenado a repetirla. En sentido, somos los únicos científicos sociales que estudiamos la realidad en su movimiento. La historia debe ser la historia del movimiento. Es la única ciencia que puede hacer eso. La sociología toma el movimiento, pero lo cuadricula en conceptos rígidos. “Sistema”, “función”, “rol”, etcétera. Bueno, este cuento es muy largo, pero ya por los años 60 se comenzó a hablar en sociología, fíjense ustedes, y en Estados Unidos, de la responsabilidad social de la intelectual. Esta no podía dedicarse solo a la ciencia pura. A ver, los químicos podrían hacerlo, los astrónomos también, pero un historiador no, o un sociólogo tampoco. Nosotros discutimos mucho entre el ‘68 y el ‘73 ese problema. Porque nos dimos cuenta de lo que estaban haciendo los pobladores: tomarse los sitios, los campesinos tomándose los fundos, y los obreros las fábricas, y los estudiantes las universidades, y después todo el conjunto de la comuna. No teníamos teoría para eso. El poder popular en Chile surgió, explotó, ganó, perdió, y no tuvo teoría, hasta el día de hoy. No pudimos hacerlo porque se nos vino encima. Habíamos comenzado nosotros a hacerlo. Por eso nos acercamos con Tomás Moulián,

con otros sociólogos. Moulián comenzó a hacer historia. Nosotros comenzamos a meter la sociología dentro de la historia. Pero vino la avalancha encima, el exilio y la tortura. Y eso se perdió. Pero creo que hay que recuperarlo porque no se ha dado ni un paso en la universidad al respecto. La Historia sigue marcando sus parámetros, sus cánones de funcionamiento heurístico, hermenéutico, qué sé yo. No quiere la sociología entre medio. A mí me han acusado de que no soy historiador, sino que sociólogo.

Creo que ahora más que nunca debemos aprender a ser responsables porque el pueblo necesita desesperadamente su propia historia, y que la haga él mismo, de la manera que quiera, cantando, bailando, en video, de cualquier manera. Y nosotros debemos estar ayudando a eso, porque eso es historia. La dialéctica, famosa en mi tiempo, era metodología de libro. Se jugaba a definir la dialéctica, *tesis, antítesis, síntesis*, era una mecánica, pero nadie sabía usarla. Por el contrario, la dialéctica es diálogo, diálogo vivo, asamblea, pueblo deliberando. La dialéctica es la ciencia del pueblo.

Por eso yo creo que la historia, si quiere ser legítima, válida para el pueblo, tiene que acoplarse, adaptarse hermenéutica, heurísticamente y de compromiso ético con el movimiento. No mirar solo para atrás. No encapsularse en una verdad particular y estática. Y eso es lo que creo estamos necesitando hoy, desesperadamente. Nosotros lo sentimos, vuelvo a repetir, a fines del '60, comienzo del '70, y comenzamos a pensar que no pudimos terminar. Hoy día las universidades están todas impregnadas de neoliberalismo, de individualismo, de competencia, el currículum vitae. Es una obsesión, no hay solidaridad, no hay equipo.

¿Qué significa en su historia personal estos 50 años?

Bueno, eso es una pregunta que se alarga, ¿no? Que la responda así entre dos o cuatro líneas suena superficial. Hay que recordar dónde yo nací, población de trabajadores, obreras tranviarias, puras mujeres, al frente. Y al otro lado, puros choferes, hombres. O sea, ambos eran sociedades mutuales. Mi propia familia, mi padre era hijo de inquilino, pasó por ser peón, después sirviente doméstico, después chofer y después mecánico. Y mi madre, hija de parcelero. Y como quedó huérfana de padre, y sin recursos, la pusieron en las monjas. Y las monjas, de ahí de la calle Bellavista, le enseñaron a servir. En esa época a la gente pobre le enseñaban a servir. Pues ahí le enseñaron las leyes, tuvo que hacer tercera preparatoria. Mi padre no estudió en ningún colegio, no pisó jamás una escuela, dijo él. Y de ahí salió entonces a servir en una casa privada. Ahí se conocieron los dos, se casaron, vivieron hasta que se murieron, respetándose, me consta. Nunca se trataron de tú, siempre de usted. Los dos católicos, ella entendiendo el catolicismo

como práctica de caridad en la calle, ayudando a los callamperos, a los que vivían bajo el río, a los presos que estaban en la cárcel, en los conventillos. Llegaba a hacer el almuerzo y partía. Y mi viejo trabajando, pero al mismo tiempo rezando por la salvación del mundo, decía él.

¿Por qué digo todo esto? Pues, porque nació en el corazón mismo, en el punto axial de la clase popular en todas sus variantes. Puertas afuera con los callamperos, puertas adentro con mi gente. Pero con un par de viejos que no solo se amaron toda su vida, sino que con una integridad ética cada uno con lo que creían y hacían. En ese contexto, entonces, se presentó el problema de todo este pueblo, que me rodeaba, y que ni la escuela, ni el liceo, ni la universidad me dijeron nada de él. Por eso surgió en mí un compromiso con eso, parecido al que tenían los viejos con el catolicismo. Yo dejé de ser católico a los catorce. Me rebelé contra Dios, digamos. Por ahí comenzó mi independencia. Para mí eso fue fundamental, porque había que resolver los problemas del mundo y Dios no ha hecho nada. Por todo lo que uno sabe y ha estudiado, parece que antes de los 2000 años tampoco. Digo todo eso porque para mí el compromiso con el conocimiento de la gente que me rodeaba, de mi propia familia, para devolvérselo a ellos fue un compromiso de vida. Todavía lo tengo.

En ese sentido, el momento de jugarse la vida por eso, llegó en el gobierno de Allende y luego la tiranía de Pinochet. Ahí se puso en juego hasta qué punto tú estabas interesado en estudiar profundamente lo que estaba ocurriendo al extremo de jugárselo en un momento en que tu vida estaba en peligro, y lo hicimos. Por eso fue un momento para mí fundamental. Por eso el año '64 voté por Frei, porque Frei encandiló la juventud. Frei ganó por las mujeres y por la juventud. Entonces, yo estaba en esa onda todavía, no había estudiado a fondo las cosas. Voté por él, pero ya el '70 no, porque ya me había dado cuenta – lo voy a decir así – que la vía parlamentaria al desarrollo de la revolución no tenía destino, por eso no me gustaron los partidos. Ingresé al MIR porque era un movimiento, no partido, que no jugaba en las elecciones para el Congreso. Entonces, el 5 de septiembre de 1970, al día siguiente que ganó Allende, yo entré al MIR. Para mí, el camino parlamentario no tenía destino y efectivamente no tuvo destino. Luego, al entrar al MIR me di cuenta que era otro el problema.

El problema que se fue presentando rápidamente en el MIR, era que, siendo un movimiento, comenzó a actuar como partido, entre otras razones, porque no podía pelear contra Allende. Entonces, más bien tuvo que imitar el modelo y comenzó a jugar a las elecciones. Aparece el concepto *partido, comisión política, caudillo, líder, el sol rojo*: Miguel Enríquez. Ahí ya eso no me gustó. Y comencé a criticar al MIR. Yo entré el '70 y ya como el '72, '73 ya era un crítico. Y a la vez comencé a estudiar, estudiar y estudiar. Y, bueno, por eso podrían entender que

comencé a jugar con el filo de la navaja. Pues no renuncié, seguí criticando, criticando. Me cambiaron, me sacaron del frente de pobladores, me metieron en la Católica. Primero en la Chile, ahí no pasaba nada con el MIR, había un desorden espantoso. Me llevaron a la Católica. Y claro, con la represión, cuando vino el golpe y la represión, todos los intelectuales de casi todos los partidos, salvo uno y otro, se exiliaron. Me consta porque yo estaba trabajando en FLACSO, porque ahí nos refugiamos para hacer investigación. Ahí me echaron de la Chile, de la Católica, del Colegio San Ignacio, de todas partes. A mi compañera también. Literalmente cesantes absolutos, por la razón por la cual convertí mi auto en taxi. Trabajamos como taxistas como tres años, ella en la mañana, yo en la noche, a la hora del toque de queda.

Como el MIR quedó sin intelectuales, me llevaron de la Comisión Política para trabajar directamente con uno de ellos, entonces yo les iba entregando mis conclusiones de mis investigaciones, los estudios, opiniones, informes políticos, entre otras cosas. Yo solo, no tenía base. Hasta que vino Malloco. Estaba toda la Comisión Política metida en una casa, absolutamente en contra de todas las normas de seguridad. Cayó el enlace que tenían conmigo, ellos son atacados, muere uno de ellos allí, los otros se escapan, se exilan, se van. Y el enlace llega a mí, me entrega a mí y caigo preso. Y ahí paramos en Villa Grimaldi. Y ahí viene el otro gran desafío. ¿Cuánto puedes aguantar tú? ¿Hasta qué punto tus convicciones son sólidas? ¿Cómo eres como hombre ante un riesgo como ese? Y estaba jodido. Me sorprendí hasta dónde se podía llegar. Quedé con la idea de que hay que ser digno, por decirlo así, aún en la tortura.

Además, allí vimos el ejemplo de un compañero, que ahora quiero citarlo por todas partes, porque es un modelo que deberá seguirse. Este compañero, Patricio Bustos, médico. Lo conocí en Villa Grimaldi, estaba adentro, ahí. Y observé que él – pese a que lo torturaban también, porque era igual que todos – no estaba preocupado de sus magulladuras, digamos. Rompían las costillas, qué sé yo, quedabas sordo, cualquier tontería; lo de la electricidad, las pateaduras, las golpizas, todo eso. Todo el mundo quedaba medio para adentro, callado, no quería hablar, asustado. El objetivo de la tortura es convertirte en niño. Te conviertes en un niño frente al torturador y el torturador en ese momento está en condiciones de meterte ideas porque estás entregado. Esa es la idea de la tortura. Entonces, la gente que llega torturada a la celda llega en condición de niño que no quiere hacer nada, no se atreve. No quiere comer, no quiere tomar agua, no quiere conversar, no quiere... está así arropado nomás, ¿no?

Entonces, Patricio Bustos, a pesar de llegar igual, se dedicaba, cama por cama, a hablar con los compañeros, hacerles cariño, darles comida en la boca; no se preocupaba de sus problemas, sino que se preocupaba de los problemas de los

demás. Fue ahí donde descubrí que eso es lo que nosotros somos, o al menos lo que deberíamos ser. Frente al enemigo que te tortura y quiere matarte, que representa la negación misma de la humanidad, nosotros estallamos en hermandad y cariño, especialmente las mujeres. Cuando pasábamos formados con los ojos vendados y una mano en el hombro de quien iba adelante, al pasar frente a la habitación donde estaban las mujeres, solo nos faltaba que alguien abriera un poco la ventana. ¡Fuerza, compañero, fuerza! Pasábamos cerca de un rostro amigable que nos daba ánimo. ¡Fuerza, compañero!

Entonces, por un lado, estaba el horror de la tortura, por otro lado, este sentimiento de que somos hermanos, nos queremos, somos fraternos, nos ayudamos. Esa sensación, si tú la sientes y la conviertes, como Patricio Bustos, en una práctica, aún dentro de la Villa Grimaldi, te da dignidad. Yo dije, esto somos nosotros. No solo aquí, fuera también. Y si no somos eso fuera, es que no entendemos nada. Por esa razón, te fijas, yo salí por así decirlo, dignificado de la tortura. Por eso cuando hablo de tortura no me fijo tanto en las golpizas que me dieron, que me dejaron medio sordo o cualquier cosa. Cuando salió Pato Bustos, yo asumí el rol de él porque pensé que había que repetirlo. No tengo ningún problema en reconocer que fue mi maestro. Y lo más simpático de eso es que a veces con otros amigos nos gustaba salir a barrer la Villa, porque tú salías del encierro barriendo, tomabas el aire puro, qué sé yo, y barrimos toda la Villa entera. En la noche, inclusive, la cocina la dejábamos limpiecita. Quedábamos por lo menos con la sensación de que estábamos haciendo cosas normales. Y a veces, los cocineros nos daban en agradecimiento por la ayuda dos o tres puchos. Nosotros compartíamos los puchos, los encendíamos al entrar a la celda y luego los pasábamos de boca en boca. Los tipos te miraban como si fueras su mamá, más o menos así. Pequeños gestos así denotaban, bueno, *nosotros somos esto, somos hermanos*.

La hermandad, la lealtad, el compañerismo, la ayuda recíproca, la solidaridad, para mí eso fue fundamental. Y eso hasta el día de hoy. Para mí, reconstruimos nuestra familia con Arlette en función de esos principios, hasta el día de hoy. Me di cuenta que el daño que hizo el modelo neoliberal fue eliminar esa fraternidad, destacar el individualismo, la competencia, la deslealtad y el egocentrismo. De ahí que, para mí, ese periodo, en lo personal, significó llegar al momento límite de jugársela por lo que estaba aprendiendo desde que era chico. Pero hay condiciones que invitan, de alguna manera. Defínete de una vez por todas. Y para mí fue importante por eso. Por eso es que el golpe fue un momento límite que nos puso, no sé si a todos, pero a muchos, en esta condición de definición de una vez por todas. En esa disyuntiva, si quieres ser un individuo sometido o quieres ser un hermano en una comunidad.